
Letras

Lo actual en Goethe

ILSE M. DE BRUGGER

NACIDA EN BERLIN. Cursó estudios en las universidades de Berlín, Bonn e Innsbruck (Austria), doctorándose en filosofía, con especialidad en lengua y literatura germánicas (1930). Se radicó en la Argentina en 1938, revalidando su título en la Universidad de Buenos Aires. En 1941 ingresó en la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Actualmente es profesora titular de literatura alemana en la Universidad de La Plata y de literatura de Europa Septentrional en el Instituto Superior del Profesorado (Buenos Aires) Miembro de la Asociación Internacional de Lengua y Literatura Germánicas y del International Institute of Arts and Letters (Zürich). PUBLICACIONES: El problema de la muerte en Rilke (1943), Las elegías anglosajonas (1954), Breve historia del teatro inglés (1959), Teatro alemán expresionista (1959), entre otros libros. Publicó numerosos artículos en revistas especializadas del país y del extranjero.

HABLAR de Goethe significa referirse a uno de los prohombres de la Alemania espiritual, el poeta de FAUSTO —uno de los poemas más profundos de la literatura universal—; el autor de una extensa producción lírica, épica y dramática; el crítico literario, el incansable estudioso de problemas científicos, el gran observador de la vida en sus más diversos fenómenos, el coleccionista, el director de teatro, el consejero ducal y ministro de la corte de Weimar, el amigo de los más destacados hombres de letras y científicos de su época; en fin, uno de los últimos hombres universales que conoce la historia del espíritu moderno.

La producción poética de Goethe tiene sus altibajos, es cierto, pero es difícil que el lector atento —por doquier que intente abordarla— no encuentre algo que le interese, lo atraiga y sobre todo, que lo haga reflexionar. Ello se debe en primer término al hecho de que este hombre que creó su obra en las últimas tres décadas del siglo XVIII y en las pri-

meras tres del XIX, anticipó muchos acontecimientos venideros dándose perfecta cuenta de que el mundo se hallaba en medio de un gigantesco proceso de transformación. "Goethe es el primero que experimenta algo así como un miedo por el hombre. En una época en que los otros no sienten aún preocupación alguna, él vislumbra como gran problema del desarrollo futuro, el siguiente: ¿cómo se podrá defender el individuo contra la muchedumbre?"¹ Hasta cierto punto preveía el destino del hombre moderno en su propio fuero íntimo, que fue el de un hombre de pasiones descomunales y de extrema sensibilidad. Pero como no fue un introvertido en el sentido absoluto de la palabra sino que se concibió como rueda dentro de un gran engranaje: el mundo y, en visión más amplia, el universo, Goethe acogió en su propio pecho la multitud de los fenómenos para establecer sobre esta base de la realidad captada y vivida, su concepción del mundo. Si nos dice que "todas mis obras son trozos de una gran confesión", quiere significar con ello que expresan en visión transformadora, generalizadora y simbólica, sus experiencias exteriores y sus vivencias íntimas. En un aviso para la edición francesa de FAUSTO I, de 1828, Goethe apunta que esta obra registra para siempre el período evolutivo de un espíritu humano "que fue atormentado por todo cuanto ha atormentado a la humanidad; que fue conmovido por todo cuanto la ha preocupado; se vio envuelto en todo cuanto ella aborrece y se sintió feliz con todo cuanto ella apetece".

Si persiste aún hoy día esta irradiación del espíritu goetheano a que acabamos de referirnos, él no puede ser un aclamado autor clásico con valores que dentro de su época tuvieron sentido, sino que debe hasta cierto punto presentarse al hombre de la actualidad como un hermano mayor cuyas inquietudes coinciden con las de la nueva generación. Efectivamente, la imagen que hoy día tenemos de Goethe nos permite concebirlo como un maestro que conoce, él mismo, por dolorosa experiencia muchos de los problemas que nos achacan.

Durante un tiempo se creyó que no fuera así. Se hablaba del hombre olímpico que allá en Weimar se dedicaba a las cosas que le interesaban mientras se iba apartando cada vez más de sus semejantes y de cuanto los aquejaba. Basándose en parecida visión hubo generaciones que nada querían saber de este autor olímpico y sólo

¹ SCHWEITZER, ALBERT: *Goethe. Gedenkrede*, Beck, Munich, 1932, págs. 46 s.

LETRAS

aceptaban aquello que él había creado en sus años mozos cuando lo aguijoneara la apasionante inquietud propia de su titanismo rebelde, es decir, cuando él mismo se conducía como Prometeo, el rebelde que no reconoce ninguna coacción. El hombre maduro y anciano, en cambio, no contaba ya que se lo veía como ególatra o en el mejor de los casos como predicador empeñado en recomendar al hombre en general una actividad ininterrumpida orientada hacia la creación de grandes obras de civilización mientras se mantenía distanciado de los dolores y alegrías de sus semejantes.

Pero los tiempos han cambiado y con ellos el enfoque. Por un lado, la investigación moderna ha podido señalar que este Goethe impasible prácticamente no existió y que el hombre que había afirmado que eran contadísimas las horas de felicidad que conociera en su vida, había aprendido a dominarse para no destruirse prematuramente mientras en su fondo íntimo seguía entablada la lucha entre sus disposiciones opuestas, entre sus "dos almas" que convivían en su pecho (como expresó por boca de su Fausto). Tratábase, pues, de un volcán aparentemente apagado que en los momentos menos pensados vuelve a arrojar su lava pasional.

Al lado de la investigación, que es, a su vez, hija de nuestra época y expresión directa de la mentalidad contemporánea, se ha hecho oír la reacción espontánea de hombres, jóvenes y viejos, que recurren a Goethe porque él se les presenta con la cara comprensiva de un hombre de carne y hueso. Un ejemplo muy interesante de semejante actitud que se deja guiar por la vivencia personal, la constituye una modesta publicación que apareció después de la última guerra en medio de un clima de zozobra y desorientación generales.² En los años de 1942 y 1946 respectivamente, un profesor de una universidad alemana había dictado clases y realizado trabajos prácticos sobre FAUSTO para alumnos de todas las facultades. Luego les pidió que escribieran un trabajo sobre *Goethe en mi vida y en mi cultura*. Veinticinco de estos escritos fueron elegidos y reunidos en un pequeño libro que exhala el aroma convincente de confesiones espontáneas a lo cual ha contribuido también el hecho de que los trabajos se publicaran sin nombre de autor. En muchos de ellos se ventila la pregunta de si Goethe y su obra tienen todavía trascendencia en un mundo tan ra-

² *Goethe in unserm Leben: Niederschriften junger Menschen*, ed. Wilhelm STUTZ, Scherer, 1947.

dicalmente cambiado como es el nuestro. Mas, por el camino de la experiencia propia prácticamente todos llegaron a dar una contestación afirmativa sin disimular el hecho de que en muchos casos no se trataba de una aceptación de rutina sino, muy al contrario, del resultado de serias luchas íntimas en que la aprobación alternaba con períodos de violenta oposición. Lo que finalmente había convencido a casi todos estos jóvenes era el sufrimiento que creían vislumbrar detrás de la cara serena del llamado Goethe olímpico. Con los sentidos avezados por sus propias desesperaciones habían sabido percibir parecida desesperación por debajo de una superficie aparentemente pulida y, lo que es más, ellos habían descubierto que estos sufrimientos iban acompañados de una incansable voluntad de afirmación en el sentido de no dejarse desanimar, de seguir lidiando cueste lo que costare. Sobre el fondo de esta convicción general se destaca un caso que para nuestro tema parece de interés especial: Uno de estos estudiantes universitarios narra que desde fines de la guerra enseñaba en un colegio donde sus alumnos eran jóvenes desilusionados, pues casi todos habían sido prisioneros de guerra o de posguerra. Luego el relator anónimo apunta: "Cuando por primera vez me encontré delante de ellos me dí cuenta del poco sentido que tendría el facilitarles conocimientos en un sentido escolar. Al preguntarles yo entonces sobre qué tema querrían trabajar en nuestras clases de alemán me dieron, tras largo silencio, la contestación: FAUSTO. Nada más. ¿Por qué justamente FAUSTO? Porque lo habían llevado consigo al frente; porque un compañero había sabido de memoria largos pasajes y éste había sido un hombre muy especial; porque —y en esta última contestación desembocaron más o menos todas las demás— porque se habían formado la idea de que Goethe mismo al parecer fue un prisionero. Luego hubo un silencio profundo".³

Estos jóvenes no buscaron, evidentemente, sino un alma comprensiva o, mejor dicho, sintieron, aunque fuera en forma muy vaga, una afinidad de situaciones que no se detiene en la superficie de las soluciones cómodas. Ellos, quizá, habían comprendido una verdad que el anciano Goethe, en uno de sus últimos poemas dirigido a un joven expresara con las palabras de que "la Musa sabe *acompañar*/mas no es capaz de *guiar*".⁴ En semejante concepción Goethe se presenta a tra-

³ L. c., págs. 122 s.

⁴ *Jüngling, merke dir, in Zeiten...*

LETRAS

vés de sus obras como ser humano cuyas vivencias son parecidas a las nuestras y que por eso puede acompañarnos afirmándonos de que no estamos solos, prescindiendo, empero, de ofrecer soluciones concretas e inadecuadas por condicionadas a su época.

Una de estas experiencias incluye la sensación de que el ser humano exterior e interiormente es un prisionero dentro de un mundo hostil. Al mismo tiempo, este prisionero de la vida conoce muy bien los sentimientos de un náufrago cuyo barco poco seguro se estrella contra los arrecifes de la existencia. Recordemos en esta conexión que Ortega y Gasset en su famoso artículo del año 1932 había pedido que se nos diera un Goethe para náufragos.⁵ Efectivamente, este Goethe-náufrago existe. Hasta el término asoma en sus obras para caracterizar determinadas situaciones, tal como aparece también el del "hombre sin techo", es decir, el hombre que ya no conoce la seguridad de un hogar estable en el aspecto material y en el ontológico. No fue por casualidad que un destacado poeta y crítico contemporáneo, Egon Holthusen, diera a uno de sus libros de ensayos dedicados preferentemente a problemas de literatura contemporánea, el título *El hombre sin techo*.⁶ Este nombre explica concretamente la situación y el sentimiento vital de muchos hombres modernos y adquiere un significado especial para nosotros si haciendo memoria recordamos que Fausto, en un acceso de desesperación, habla de sí propio como de un "hombre sin techo" que no conoce sosiego.

Los inmortales personajes creados por Goethe son, en menor o mayor medida, hombres que se rebelan contra un cautiverio que puede ser exterior e interior. Aparecen como criaturas aprisionadas que, o se estrellan contra los muros de su cárcel o la conciben como una necesaria transición a una vida más libre. Ya en su primer drama, GÖTZ VON BERLICHINGEN, que es la tragedia de un hombre probo que se rebela contra la injusticia imperante en el orden político, social y personal, se nos dice al final que "el mundo es una prisión". En la prisión termina también la vida del gallardo Egmont, protagonista del drama homónimo, que ha vivido de acuerdo con los mandamien-

⁵ *Pidiendo un Goethe desde dentro*. Primero en Revista de Occidente, N° 106. Hay varias ediciones. ALFONSO REYES, en *Trayectoria de Goethe*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, trae una serie de referencias a la nota de Ortega y Gasset cuyas ideas principales al respecto, refuta. Cfr. también el libro de RUSKER, sobre todo, págs. 190 ss.

⁶ HOLTHUSEN, HANS EGON: *Der unbehauste Mensch. Motive und Probleme der modernen Literatur*, Piper, Munich, 1951. Cabe señalar que el último ensayo de este libro está dedicado a *Goethe como poeta de la creación*. Holthusen hace también una serie de referencias al carácter "actual" de la poesía goetheana.

tos de su propio yo, impulsado como está por su *daimon* o sea la fuerza íntima que rige sus reacciones y procedimientos. Y ¿qué diremos de WERTHER, quien anticipa un sentido de la vida que vuelve a manifestarse en la psicología de muchos personajes creados por la pluma de autores contemporáneos? Werther es el joven que desea abrazar el mundo y no puede existir dentro de una comunidad que sólo pretende utilizar algunas de sus fuerzas mientras hay otras disposiciones en él que no interesan a nadie. El presente en cierto modo lo que sucede al hombre del siglo xx que se ha convertido casi absolutamente en criatura que vive en función de tal o cual actuación, que es, como dice Georg Kaiser ⁷, ojo que ve, mano que maneja, pie que empuja mientras nadie quiere saber que en insoluble unión con este pie o esta mano hay todo un hombre con una plétora de fuerzas que se paralizan por el continuo desuso a que están condenadas. Werther se suicida no sólo porque sufre de un amor desdichado; tampoco constituye su único motivo la enfermedad de su época, el tedio de la vida, sino que hay algo más hondo: su situación se torna desesperada porque no halla ninguna puerta abierta en la prisión que él mismo se ha construido con sus inquietudes desmesuradas por un lado y por el otro, su falta de equilibrio sentimental y su impaciencia. Pero lo más significativo de todo es su incapacidad de establecer relaciones, ya sea con el prójimo, ya sea con Dios. “Juego con los demás o mejor dicho, se juega conmigo como si fuera un títere. De vez en cuando le estrecho al vecino su mano de palo y estremeciéndome retiro la mía”. Así, encerrado en su propia individualidad sucumbe en la muerte voluntaria para salvar la vida a su creador. ⁸ Goethe pudo escribir, refiriéndose a la conclusión de su novela: “Como después de una confesión general yo me sentía otra vez alegre y libre y con el derecho de iniciar una nueva vida”. ⁹ Justamente, en esto reside la diferencia entre Goethe y su personaje: hay en él un instinto poderoso de autoafirmación que le corta el paso antes de que se arroje al abismo de la aniquilación. Pero como Goethe conoce el carácter apasionado de sus disposiciones, evita acercarse al vacío de la ilimitada desesperación. Es éste sobre todo el significado de su llamada conducta olímpica. Según escribe una vez a Schiller: “Sin sentir un interés vivo y patológico, nunca he

⁷ En *Gas*.

⁸ Cfr. mi trabajo sobre *La autoliberación del poeta*. Goethe-Carossa-Nilke, en: *Estudios Germánicos*, Boletín N° 9 dedicado a Goethe. Universidad de Buenos Aires, 1949, págs. 35 ss.

⁹ *Poesía y Verdad*, III, libro 13.

LETRAS

podido trabajar situación trágica alguna y de ahí que haya preferido evitarla en vez de buscarla".¹⁰

Un prisionero de su exagerada sensibilidad y de su egotismo rayano en lo patológico es también Torcuato Tasso, el poeta renacentista que fue conjurado por Goethe en el drama que lleva su nombre. Al final de la obra él se compara con un "náufrago que se agarra de la roca salvadora", que en su caso es el hombre de disposiciones totalmente opuestas, el estadista de raciocinio frío y sobrio. Prisionera es también *Ifigenia*, que vive sola y desterrada en el país de los bárbaros "buscando con el alma el país heleno", que es su patria. Y ella, último vástago de la condenada estirpe de los tantálides, logra su liberación como la de sus seres más queridos con la conservación de principios inmutables, aún cuando todos los hechos parecen exigirle una conducta diferente, y con su imperturbable convicción de que el procedimiento decididamente moral constituye una fuerza efectiva capaz de arreglar también situaciones exteriores. Esta obra, que data de la época en que Goethe había superado las inquietudes de la edad del titanismo, constituye un ejemplo patente de lo que puede hacer el hombre cuando mantiene incólume su independencia íntima. Podría decirse que en el caso de *Ifigenia* se trata de un bello poema que en fondo se mantiene muy alejado de las preocupaciones propias de hombres condenados a vivir en una sociedad de masas. Pero aun en ella vemos a veces que la genuina fuerza espiritual vence obstáculos al parecer insuperables. Han cambiado las formas de vida pero no los planteos fundamentales.

Lógicamente, la cosmovisión de Goethe se fue formando de acuerdo con los desarrollos de las diferentes épocas en que le tocó vivir. Nació cuando estaba en pleno apogeo el mundo recocó y murió en la centuria pasada, cuando se dibujaban ya en el horizonte los problemas de una sociedad industrializada. Como fue un espíritu abarcador y agudo, capaz de atar hilos, preveía también muchos desenvolvimientos posteriores. Yava a guisa de prueba un ejemplo relativamente poco conocido que se refiere a la esclavitud casi involuntaria del hombre que se deja guiar por opiniones ajenas y a menudo sin darse cuenta de semejante estado de cosas. Un pensador contemporáneo ha analizado este proceso bajo el término de "el pensar impersonal"¹¹ con lo cual se refiere al hecho de que el hombre renun-

¹⁰ Carta del 9/12/1797. Véase también lo que dice Gaethe más adelante.

¹¹ FELDKELLER, PAUL: *Das unpersönliche Denken*, Gruyter, Berlín, 1949.

cia a sus prerrogativas más caras y actúa cual marioneta manejada por los hilos sutiles de los pensamientos que, como quien dice, "están en el aire". Utilizando un término que fue acuñado por Herder¹² podríamos decir que los hombres sucumben a la presión ejercida por el "espíritu del tiempo", donde el concepto de "tiempo" se refiere a determinada época. Goethe conocía este peligro que convierte con mucha facilidad al hombre en prisionero espiritual. Entre sus obras póstumas figuran los esbozos para una novela titulada *EL VIAJE DE LOS HIJOS DE MEGAPRAZÓN*. El poeta compuso los fragmentos conservados en los primeros años de la Revolución Francesa, cuyos ideales habían entusiasmado a los espíritus más nobles de Alemania mientras sus derivaciones posteriores causaron extrañeza y preocupación hasta en sus adeptos más fervorosos. Inspirándose en las aventuras de *Gargantúa y Pantagruel*, tales como las concibiera Rabelais, el gran satírico francés, Goethe había planeado una novela en que los seis hijos de Megaprazón recorrerían el mundo para conocer países extraños y, sobre todo, el estado político vigente en cada uno de ellos. El autor se proponía entablar una extensa discusión política basada en ejemplos concretos que se presentarían a la mirada de los viajeros. Entre los esbozos que dejó Goethe se encuentra un episodio que en forma simbólica expone y hasta cierto punto explica un problema que nos intriga aún hoy día.

Un buen día los seis hermanos entablan una conversación sobre la guerra entre las grullas y los pigmeos; un tema, pues, que es de los más estrafalarios que uno pueda imaginarse. Pero esto no impide que todos participen activamente en la discusión. Al poco tiempo los hasta el momento pacíficos viajeros se dividen en dos partidos opuestos. Tres de los hermanos afirman que los pigmeos son criaturas insolentes y feas y como, por otro lado, todas las cosas de la naturaleza fueron creadas para servir a otras, los pigmeos fueron creados para beneficio de las grullas. Goethe no dice cuál sería este beneficio pero podemos imaginarnos que los tres hermanos partidarios de las grullas consideran como misión de los pigmeos el ser comidos por sus adversarios. Mas los otros hermanos sostienen que una criatura no está hecha para servir a otra en el sentido de que unos tienen que ser aniquilados únicamente porque resulte cómodo a los otros. Pues bien,

¹² La palabra *Zeitgeist* aparece a partir de 1769. Herder la empleó primero en *Kritische Wälder* (III). En el fragmento, Goethe habla de *Zeitfieber* y *Fieber der Zeit* o sea "fiebre del tiempo, fiebre de la época".

LETRAS

al intercambio de argumentos pronto le sigue una discusión acalorada en que cada uno defiende su causa con creciente encono y sorna ofensivos para el adversario. Ya no hay mansedumbre ni espíritu de conciliación. Los hermanos enojados se interrumpen mutuamente, levantan la voz, dan puñetazos en la mesa y todo hace presumir el estallido de una riña general cuando de repente se sobresaltan porque desde el mar se hace oír una voz que les pregunta: "¿Qué sucede, señores? ¿Cómo es posible que hombres que viven en el mismo barco se enemisten en forma tal?" En el fragor de la discusión no se han dado cuenta de que se ha acercado otro barco de donde proviene la voz del desconocido que por momentos los impresiona por su dignidad. Pero acto seguido retoman la discusión pidiendo al forastero que haga de árbitro. Este les solicita que esperen hasta la mañana siguiente y los convida a tomar un vino especial. Apenas apuradas las últimas copas los hermanos se olvidan de todo lo sucedido y sólo se despiertan cuando el sol ya está muy alto en el firmamento. Al recordar los sucesos del día anterior se sienten muy avergonzados. El desconocido les asegura que los había encontrado muy enfermos en medio de una grave crisis. Preguntado por el nombre del mal, les da la siguiente contestación: "Es la fiebre del tiempo. . . y resulta que otros a quienes no quiero oponerme, la llaman la fiebre de los diarios. Es una enfermedad maligna y contagiosa que hasta se comunica por el aire. Apuesto a que ustedes la contrajeron anoche cuando se hallaron en la atmósfera de las islas flotantes". Luego, cuando uno de los hermanos inquiere por los síntomas del mal, los caracteriza así: "Son extraños y bastante tristes. El hombre en el acto se olvida de sus circunstancias más cercanas, desconoce sus ventajas verdaderas y obvias; lo sacrifica todo, incluso sus inclinaciones y pasiones, a una opinión que ahora se convierte en la máxima de sus pasiones. Si no es socorrido pronto. . . la opinión se arraiga en su cerebro y por decirlo así, llega a ser el eje alrededor del cual gira la locura ciega. Entonces el hombre se olvida de los negocios provechosos para los suyos y el Estado. Ya no ve al padre, ni a la madre, ni a los hermanos o hermanas. Vosotros que parecíais hombres muy pacíficos y sensatos antes de hallaros en semejante situación. . ."

En este punto termina bruscamente el relato del episodio. Pero su significado salta a la vista y lo que Goethe precisa como peligroso bacilo de una enfermedad contagiosa que sorprende al hombre desprevenido constituye un hecho por cierto muy conocido en nuestro

tiempo y analizado por la psicología sin que hasta ahora haya sido posible combatirlo con medios eficaces. Un poeta moderno, Hans Carossa aludió a ello cuando inició uno de los poemas con las palabras: Oh, olvida el tiempo/ para que no desfigure tu rostro/ y con el rostro, tu corazón!"¹³

Pero entenderíamos mal a Goethe si creyéramos que la conciencia de los males efectivos que amenazan al hombre moderno lo impulsara a retirarse del mundo. Muy al contrario, sus afanes máximos iban dirigidos hacia una actividad útil del hombre mientras se halla en esta tierra. Su lucha consistía en un "a pesar de". Así también su *Fausto*, al final de su vida trata de convertirse en miembro útil de la comunidad. En esos instantes, cuando él, por primera vez, piensa en la felicidad de los demás, lo sorprende la muerte. Además, Goethe nos da a entender que no durará todo cuanto ha realizado su personaje. El tiempo lo destruirá nuevamente. Y, sin embargo, ¿hay que obrar? El poeta, en su vida propia y en su obra, nos afirma que sí. En sus ANALES del año 1817, Goethe se refiere al caos imperante en la Biblioteca de la Universidad de Jena, que había llegado a un punto tal que nadie se atrevía a poner orden en este "estado de Augias". Entonces, el Duque se lo encargó a Goethe. "No hubo, pues, otra salida que volver a pensar el asunto y declarar nulos los impedimentos como debe hacerse en toda empresa importante..." Esta obediencia a los requerimientos de cada día constituye una base fundamental para poder vivir. Según estipula el *Testamento de fe* de la vieja Persia:¹⁴ "Cumplir cada día con penosos servicios/ otra revelación no nos hace falta".

Pero semejante actividad nunca puede ser su propia finalidad. El *homo faber* no constituye, como pensaron algunos críticos del siglo pasado, la meta definitiva de Goethe. El sabía muy bien que existe un trajinar vacío que amenaza al individuo así como a pueblos enteros. "Toda actividad absoluta, cualquiera que fuera su índole, lleva al fin hacia la bancarrota".¹⁵ En el drama *DIE NATÜRLICHE TOCHTER* (La bastarda), de 1803, donde Goethe trató de dar expresión a sus serias preocupaciones por el estado caótico a que se parecía aproximar ya en aquel entonces el mundo convulsionado por las consecuencias de la

¹³ *O verlerne die Zeit* en: "Gesammelte Werke", Insel Verlag, 1949, tomo I, pág. 65.

¹⁴ *Vermächtnis altpersischen Glaubens* en "Diván Occidental Oriental" (West-östlicher Divan).

¹⁵ En *Maximen und Reflexionen* (Máximas y reflexiones).

LETRAS

Revolución Francesa, se nos dice: "Cuán desabrida e insípida es semejante vida/ si todo movimiento y todo trajinar/ siempre conducen hacia otro movimiento y otro trajinar/ sin que al final os recompense ninguna meta ansiada". El poeta, que en su juventud había celebrado el valor de la acción espontánea llegó a ver también el peligro de procedimientos que exceden las posibilidades del ser humano. No todo actuar es bueno. Así lo expresó en muchas oportunidades, como por ejemplo, con elocuente simbolismo en una de sus baladas más famosas: *Der Zauberlehrling* (El aprendiz a brujo), que data de 1897.

En el conocido poema se nos habla del aprendiz que se propone conjurar a los espíritus para sus finalidades mezquinas. Mientras está ausente su maestro convierte en esclavo dócil a una escoba. Manda al "robot" a buscar agua, pero cuando ya están llenas todas las fuentes y cántaros ha de darse cuenta de que ya no recuerda la frase mágica para que "las cosas a su ser tornen". Su intento de destruir por la fuerza a la servidora molesta empeora la situación ya que al hendirla con un hacha la parte en dos fantasmas que velozmente siguen buscando agua. En el momento de mayor apremio vuelve el maestro y el anteriormente orondo aprendiz debe confesarle cual niño desesperado: "¡Oh señor, es grande mi miseria! /No puedo librarme ya/ de los espíritus que conjuré". Y el maestro pronuncia las palabras salvadoras mandando a las escobas que se retiren a su rincón: "pues como espíritu os conjura, sólo para sus fines/ nadie fuera del viejo maestro". Cuando Goethe escribió estos versos bien podía haber pensado en la situación política de su época. Pero en este relato situado prácticamente fuera del tiempo, ofreció un simbolismo mucho más hondo, capaz de comunicarse a hombres de todos los tiempos. Cuando al afán de actuar y a la confianza en las propias fuerzas se les asigna un valor absoluto, es muy fácil que sobrevenga una catástrofe del todo imprevista. ¿En nuestra época, no constituye uno de los problemas más agudos el haber conjurado potencias aniquiladoras, como por ejemplo, la bomba atómica y la bomba de hidrógeno sin que tengamos la seguridad de poder dominar con sabiduría las fuerzas desatadas? Pero aún cuando Goethe advierte que debemos detenernos "no sólo ante el mal sino también ante el exceso del bien"¹⁶ no predica un fácil quietismo; al contrario, sus exigencias para consigo mis-

¹⁶ En carta dirigida a Zelter, del 3/12/1812.

mo crecen continuamente. Así puede afirmar en carta del año 1829 que no conoce "ningún otro afán que no sea el de perfeccionarme según mi modo de ser en la medida más amplia posible para que pueda participar cada vez más pura y alegremente en lo infinito en que nos hallamos colocados". Mas el camino hacia lo infinito conduce a través de lo finito por lo cual no se puede esperar ninguna actuación perfecta. "Los hombres serían más sensatos y más felices si supieran ver la diferencia entre la meta infinita y la finalidad condicionada, y si paulatinamente fueran observando uno en el otro, hasta qué punto llegan sus medios".¹⁷

Estos medios son individuales y deben estar de acuerdo con toda la disposición del hombre. Además, no dependen (o por lo menos no dependen exclusivamente) del mundo circundante. Goethe, consciente de la estrechez de vida en la vieja Europa, ensalza, por ejemplo, las posibilidades que para el futuro le parece ofrecer la América del Norte. En GUILLERMO MEISTER varios personajes emigran porque creen que allá podrán desarrollar mejor sus fuerzas (como entre nuestros jóvenes hay muchos que creen que sólo Europa les podría ofrecer estímulos y posibilidades suficientes para desempeñarse). Sin embargo, para Goethe el cambio de lugar no es lo decisivo. Hay también personajes que vuelven de América y uno de ellos afirma: "Aquí o en ninguna parte es América",¹⁸ vale decir, el hombre que tiene energía y paciencia se impondrá en todas partes. Para los hombres que, ello no obstante, se embarcan, existen una serie de razones concretas: el creciente predominio de las máquinas, la falta de "espacio vital", la supresión del individuo a favor de las masas, la tradición estancada y la burocratización de la vida. A todo esto se agrega aún la idea de que el hombre debe afrontar la aventura. La concepción de "quedarse" a menudo significa "paralizarse" mientras uno de los principios fundamentales de la existencia humana reside justamente en la tendencia a mudarse, a cambiar de lugar en todo sentido. Goethe opina que el cambio exterior de lugar puede ser necesario para el individuo a causa de su disposición psíquica porque en el ambiente conocido no se desenvuelve con los mismos bríos que lo haría en un medio que, por insólito, le invita a jugarse íntegramente. Pero en el fondo se trata de una ilusión. Puede uno emigrar y el otro perma-

¹⁷ En carta dirigida al escritor Rochlitz, del 23/11/1829.

¹⁸ Véase para ello todo cuanto dice Goethe al respecto en el libro I, cap. 9 y en el libro VII, cap. 3 de *Wilhelm Meisters Wanderjahre* (Andanzas de Guillermo Meister).

necer en la patria; lo que importa es el incansable afán de actuar, de ser útil, de superarse. Este afán surge en el fuero íntimo del hombre y las oportunidades para aplicarlo son innumerables, se esconden prácticamente en cada momento a vivir. Pero semejante meta se ofrece sólo a un espíritu capaz de renunciar. Esta palabra "abnegación" atraviesa cual hilo rojo las composiciones del anciano Goethe. El subtítulo de las *ANDANZAS DE GUILLERMO MEISTER* es significativo: *Los abnegados*.¹⁹ Abnegación se pide a casi todos los personajes que pueblan el amplio recinto de la novela. Goethe, conocedor de muchos naufragios, propios y ajenos, ha llegado a un punto en que su ideal de humanidad al decir de Schweitzer ha surgido "del espíritu de resignación que capacita para la vida".²⁰

Esto no excluye, por cierto, que Goethe siga sufriendo de la interrelación entre coacción y libertad, entre las situaciones en que el hombre se siente como prisionero y su actitud con la cual se hace acreedor a una existencia sin trabas. En el poema *Urworte. Orphisch* (Palabras primegenias. Orficas. 1817)²¹ Goethe expuso con simbolismo plástico la situación fundamental del hombre en cuanto criatura con un alma que llora su cautiverio y, no obstante, sueña con una ulterior libertad. Ahí se conjura la horrible cárcel que puede constituir la propia individualidad de la cual no se puede huir; se hace referencia a los sucesos casuales que traen nuevos estímulos pero también una nueva forma de esclavitud; se ensalza el advenimiento de *Eros* que todo lo cambia con sus promesas pero que también trae sus cadenas de modo que el hombre otra vez gime bajo el yugo de la dura necesidad cotidiana donde todo es "condición y ley". "Así, aparentemente libres nos hallamos, después de muchos años/más cercados de lo que estábamos al principio". ¿No es desconsoladora la vida humana ya que siempre se halla dominada por la coacción? Goethe expone la situación con toda franqueza: así es y así se debe aceptar. (Los jóvenes alemanes después de la última guerra también debieron aceptar su situación concreta o sucumbir). Pero su poema no termina con una resignación que por meramente pasiva, sería infecunda. "El odiosísimo portón de esas vallas de esos mu-

¹⁹ El tema fue analizado en un extenso estudio de ARTHUR HENKEL: *Entsagung, El concepto goetheano de la vida a través de las palabras órficas*, Niemeyer, Tübingen, 1954.

²⁰ *L. c.*, pág. 36.

²¹ Para un análisis de este poema cfr. JUAN C. PROBST en: *Estudios Germánicos*, Boletín N° 9, págs. 237 ss.

ros de bronce, por fin se abre” y sale *elpis*, la esperanza que “revolotea por todas las zonas: / ¡Un aletazo! y detrás de nosotros quedan eones”. Todos los vínculos no pueden impedir que el hombre haga uso de su libertad íntima y que mediante la esperanza se eleve por encima de las ataduras. Esperanza aun en contra de la esperanza misma, en contra de los fenómenos que se yerguen cual arcaica roca, como muros de bronce. ¿Puede haber cosa más firme? y esto no obstante, Goethe que es todo menos un soñador sentimental, insiste en la existencia y fuerza de un ser alado que es tan liviano y etéreo como son firmes e indestructibles los muros de la coacción. Para él, el hombre es una entealequia, es decir, posee una esencia espiritual capaz de ser desarrollada en un continuo proceso de superación. Ante esta realidad poco importan los desvíos y los errores porque contribuyen a despertar al hombre, a acercarlo más a su destino ulterior.

En uno de sus poemas más trágicos, la llamada *Elegía de Marienbad*, del año 1823, que da testimonio de un amor desdichado del anciano poeta, leemos los siguientes versos: “En lo más puro de nuestro pecho flota el ansia / de entregarnos libremente y por gratitud / a algo superior más puro, desconocido: / descubriendo los arcanos de lo eternamente inefable: ¡Ser piadosos! decimos a ese estado”. Pero éste es sólo un aspecto. Hay momentos en que las ansias del corazón encubren la prístina y sosegada belleza de semejante sentimiento. Goethe lo sabe tan bien, que su lamento amoroso termina con el lacerante grito: “He perdido al universo, perdido estoy yo mismo, / quien poco ha fui el amado de los dioses. / Pusiéronme a prueba, me dieron a Pandora²² / con plétora de bienes y más aún, peligros. / Me empujaron hacia generosa fuente, / y me separan y me arruinan”. En esos instantes, Goethe dice a la sombra de Werther que: “Yo era elegido para quedarse y tú para irte, / tú precediste y por cierto, mucho no perdiste”.

Otra vez —¡una de cuántas veces en su vida!— Goethe se había acercado al abismo que devoró a Werther, a Tasso y en el cual desaparecieron los trágicos personajes de *Guillermo Meister*: Mignon, la enigmática niña, la criatura angelical, que es fruto de un matrimonio incestuoso, y el arpista que erra por el mundo perseguido por las erinias vengadoras de toda culpa humana.

Como vemos, el hombre en Goethe es prisionero en muchos

²² Vale decir, la fatídica caja de Pandora.

sentidos. Pero su cárcel no lo retiene eternamente. El rompe los cerrojos con su actuación paciente, con su resignación y su esperanza. En vez de llorar sin consuelo por lo perdido, mira hacia el futuro. "Cual náufragos deberíamos agarrarnos de la tabla salvadora y olvidarnos de los cajones y arcas perdidos".²³ Esto implica un continuo morir, ya sea corpórea o espiritualmente, como lo expresó el anciano poeta en uno de sus poemas más hermosos *Selige Sehnsucht* (Ansia feliz) en que conjura la imagen de la mariposa que se quema en la tranquila llama de la candela. Su muerte no es violenta sino que en ella se acrisolan los valores previstos por el principio eterno. Ella misma busca esta transformación que le brinda la sosegada llama. Repite a su modo el ejemplo del ave fénix, protagonista de una viejísima leyenda de la humanidad, la que se quema para resucitar de las cenizas y levantar otra vez su vuelo hacia lo alto con fuerzas renovadas y segura de su lozana juventud.

"A nadie lo digáis fuera del sabio/ ya que el vulgo pronto se burla:/ sean mis preces para lo vivo/ que ansía ígnea muerte.

"En el frescor de noches amorosas/ que te engendró, cuando tú engendraste,/ apodérase de ti extraño sentimiento/ mientras alumbraba tranquila candela.

"Ya no siguen apresado/ por las sombras tenebrosas/ nuevas ansias te empujan/ hacia más sublime forma.

"Lejanía alguna se te hace pesada,/ te acercas volando y te sientes conjurada/ y al fin, buscando la luz/ en ella te abrasas ¡oh mariposa!

"Que mientras en ti cumplido/ no veas el: ¡muere y renoce!/ no eres sino un huésped perturbado/ en esta tierra tenebrosa".

²³ En conversación con Sieveking del año 1809.

NOTA BENE: Este artículo reproduce, en forma algo abreviada, una conferencia dictada el 20 de agosto de 1959 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, a pedido de un grupo de alumnos. Naturalmente, no pretende agotar el tema de vastísimo alcance sino que constituye tan solo una tentativa de aludir a algunos aspectos fundamentales que, a guisa de ejemplo, nos pueden explicar por qué Goethe sigue siendo una fuerza espiritual en una época cuyas experiencias reales parecen tener poco o nada en común con las del poeta weimariano.

Para una información más completa sobre las nuevas perspectivas que aparecen en la investigación contemporánea, deben mencionarse: BUCHWALD, REINHARD: *Goethezeit und Gegenwart*, Kröner, Stuttgart, 1949. KINDERMANN, HEINZ: *Das Goethebild des XX Jahrhunderts*, Humboldt-Verlag, Viena Stuttgart, 1952. MEYER, HANS (ed.) *Spiegelungen Goethes in unserer Zeit*, Limes Verlag, Wiesbaden, 1949. RUKSER, UDO, *Goethe in der hispanischen Welt*, Metzler, Stuttgart, 1958.